

DISCURSO DE INGRESO

POR: ÁNGELA GURRÍA

"Para el artista, la cosa que miran otros no es la misma, sino otra cosa que es mayor, y mucho más importante, y sin embargo es la misma cosa"
V. Wolf

El hombre ha relatado su historia y su devenir con palabras, con imágenes, con sonidos: yo, me referiré a la forma, que es mi medio personal de expresión.

Desde que aprendí a distinguir el lenguaje diferente de la verticalidad de un árbol, del que nos habla mediante la elasticidad de un cuerpo o el juego de un volumen, siempre he encontrado en la forma un medio de aproximarme al sentido de las cosas, de descubrir la armonía del universo.

Con el tiempo, he logrado entender, a través de la creación, que el artista siempre ha sido una voluntad de ser, que se expresa en el seno y mediante la vida de una colectividad. Por ello, he aprendido, que crear no es estar por encima de los hombres, sino entre ellos. Llegar a esta convicción, no ha sido fácil, pero he de reconocer que tampoco ha sido extraordinariamente complicado.

En un principio, como discípula del maestro Germán Cueto, y más adelante, al identificarme con mi equipo formando una unidad, arquitectos y artesanos descubrimos juntos la voz natural de mi profesión y aprendimos a hablar el lenguaje de la piedra, del metal, del concreto, hasta volverlo escultura.

El escultor principia a mostrarse como hacedor de dioses y testigo de costumbres. El arte antiguo era popular y dramático, síntesis del pueblo; el arte moderno es individual en oposición a la masa.

Defino la escultura cómo una idea que usa la forma como punto de partida de su propio desarrollo y al espacio como elemento en que se expresa la geometría de esa idea.

El escultor vive en función del ritmo de la materia que utiliza. Sus manos son las antenas que pretenden captar la sensualidad del universo. Como en un sistema de vasos comunicantes, esas manos van nivelando el lenguaje del escultor con el del espectador.

Cuando se medita sobre el acto de crear, pienso como Kandinsky que lo esencial, es cuestión de forma, es sentir una verdadera necesidad interior. Y esta necesidad provoca al unísono la invención del espacio, que viene a conformar el dualismo mágico de la obra de arte.

Forma sin espacio no se comprende, puesto que la forma sólo se da en el espacio, y el espacio no es sino la dimensión que nos permite la posibilidad de sorprendernos ante la aparición de la forma.

Estamos en la época del poder puro. La técnica contra el hombre. La máquina se ha vuelto instrumento de inspiración, a pesar de que sabemos que sólo resuelve; no inventa, no crea. Contra esta aniquilante realidad, el único antídoto con el que se cuenta es el artista, esto es, el poeta, el poeta que vive en todo artista.

Toca al artista crear una hiperconciencia, para llegar así a la cima del espíritu. Si hasta ahora todo progreso fue resultado de una extensión de la conciencia; si las nociones del bien y el mal no tienen sentido la una sin la otra: si la evolución fue la tesis, ¿qué habría

de impedirnos entender la involución, o sea, la vuelta a los orígenes, como la antítesis dentro de esa dialéctica imprecisa, que siempre dirige la evolución de las artes hacia su mejor esplendor? Por qué no buscar, como Omar Khayyam *"un hombre intacto con sólo sus instintos primordiales, aquellos que maestros nacen y sin dolor enseñan"*.

No es un azar que algunas culminaciones del arte moderno, sobre todo en escultura, tengan tanta afinidad espiritual y estética con las expresiones cumbres del arte más primitivo, como enseña Malraux en sus *Voces del silencio*.

"Busco en lo primario la recuperación de la fuerza para ver las cosas en sí, y no como los demás quieren que se vean. Lo logro en la medida de lo posible, porque aún siendo "isla", trabajo en equipo, porque soy parte de otros y sé que en ello va mi supervivencia."

Sin embargo, en gran medida el escultor se ha visto limitado a la creación de escultura interiorista de escasa dimensión. Ello ocurre históricamente cuando terminadas las fuerzas dominantes de la Iglesia y de la monarquía el Estado moderno y laico desestima en cierta medida la escultura como tarea creadora de toda la colectividad como expresión del espíritu; de la fe de todo el pueblo, como ocurrió antes con las catedrales góticas, en que, por lo demás, arquitectura y escultura estaban integradas en una síntesis de belleza, sentido religioso y función arquitectónica.

En las últimas décadas, salvo contadas excepciones, el Estado no patrocina la escultura para el pueblo, y aquí no prejuzgo sobre la tesis ambivalente respecto de si la creación del artista le gusta al pueblo.

Se habla de escultura para el pueblo, connotando aquella que está en la vía pública, en el edificio, en el conjunto habitacional, o sea, a su alcance inmediato, la que no requiere búsqueda en el museo o requiere la posesión privada.

En la época posrevolucionaria surge la pintura mural que, al margen de posiciones partidistas, hace conocer al mundo una visión del arte mexicano. Asimismo, el explosivo crecimiento urbano, ha dado una nueva oportunidad al arquitecto para integrar su obra particular dentro de los conjuntos que caracterizan el desarrollo urbano contemporáneo.

En cambio, la escultura permanece en el museo o en la casa de los pocos coleccionistas. Y muy rara vez, nuestra sociedad emplea la escultura para visión y deleite de las masas.

¿Hasta qué punto, el egoísmo, la pretensión de universalidad de otras artes plásticas, la arquitectura por ejemplo, ha influido en ello?

Por ventura, algunos arquitectos que han hecho escuela, y han contribuido en el desarrollo urbano, suelen incorporar en sus trazos el lugar para una escultura. Otros, sin embargo, rechazan el problema de los volúmenes en su integración al espacio, y pretenden llegar así al arte puro, especialmente en la refinada arquitectura paisajista, olvidando tal vez que el conocimiento es la síntesis, la integración sistemática de las especialidades en un todo. Incorporar escultura en un conjunto arquitectónico es dotar al escenario del habla de que carece, es crear la geometría del espíritu.

Quien trabaje con formas entenderá lo difícil que es traducir ese lenguaje al de la palabra. Sin embargo, esa comunicación quiere establecerse, para decir a todos ustedes en mi ingreso a esta Academia, que confío que un espíritu nuevo, pueda traer a ella diferentes puntos de vista, para coadyuvar en la tarea común que tiene encomendada en beneficio del arte.

POR: ÁNGELA GURRÍA

5 de Septiembre de 1974